

Jesús se encubrió entonces a sus ojos y salió del templo atravesando por medio de los mismos.

Ciertamente que son para meditar las palabras referidas:

«Yo soy la luz del mundo»: ya a Marta le había dicho: «Yo soy la resurrección y la vida». «Yo soy de arriba, yo no soy de este mundo», «yo existía antes que Abraham y los profetas». En la noche de la última cena había de añadir después: «Clarifícame, Padre, con la claridad que tuve ante Ti antes de que existiera el mundo»...

O estas expresiones son de Dios o son incomprensibles y blasfemas.

¿Quién es el profeta de Nazaret? ¿Un mero legado divino como Moisés y los profetas? Jamás éstos hubieran hecho semejantes afirmaciones... Moisés y los profetas eran de este mundo; no venían de arriba; no habían preexistido a la creación del universo. Fueron hombres como los demás. De origen humano y terreno. En cambio, Cristo vino de lo alto...: su origen era superior y divino; se presentaba como verdadero Dios...

Por eso enseñó como Dios, con la autoridad e independencia y seguridad de Dios: «Oisteis que se dijo a los antiguos..., pero yo os digo a vosotros»: «Uno es vuestro maestro». «El cielo y la tierra pasarán, pero jamás pasarán mis palabras». Por eso, en el último juicio, se sentará como Juez Supremo: El, por sí mismo, condenará a los réprobos y salvará a los justos, arrojando a los unos de sí y atrayéndose a los otros: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno... Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo».

Y lo que es más significativo todavía.

Condenará y salvará por lo que hayan hecho los hombres por El o contra El: «Cuando no lo hicisteis por uno de éstos, no me lo hicisteis a Mí...».

Por eso también nunca dice a Dios «Padre nuestro» sino «Padre mío y Padre vuestro». Y afirma que nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo; y asegura que el que le ve a El, ve al Padre...

Por eso, antes de su Ascensión a los Cielos, da a sus Apóstoles la misión de «enseñar a todas las gentes y bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», poniéndose a sí mismo entre las personas divinas. Por eso puede derogar el sábado instituido por Dios, lo mismo que la Ley dada por el mismo Dios: por eso es mayor que el mismo templo, que es morada de Dios...

DERECHOS EXCLUSIVOS DE DIOS

Nuevo capítulo de pruebas.

Nos referimos, en particular, al *perdón de los pecados* y a la *adoración*.

Recordemos el hecho evangélico ya mencionado en otra parte.

Predicaba Jesús en Cafarnaún en presencia de un gran gentío que llenaba por completo la casa en donde estaba, cuando le introducen por el tejado un paralítico postrado en su lecho. Al ver Jesús su fe, dijo al tullido: «Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados», a lo que ciertos escribas dijeron murmurando en su corazón: «Este, blasfema; ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?». Mas, Jesús, viendo sus pensamientos, dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es más fácil decir: se te perdonan los pecados, o decir, levántate y anda?... Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad para perdonar los pecados: levántate, dijo al paralí-

tico ; toma tu lecho y vete a tu casa, y levantóse y se fué...».
(Mt. IX, Lc. V, Mc. II.)

Más significativo aún es el caso de la mujer pecadora en el convite del fariseo.

Comían todos alegremente en él, cuando he aquí que una mujer, conocida del pueblo por sus escándalos, entró en la sala y poniéndose a los pies del Salvador empezó a regarlos con sus lágrimas y a secarlos con sus cabellos...

El espectáculo era emocionante, pero el fariseo que había invitado al Maestro, estaba escandalizado: «Si éste fuera profeta, decía entre sí, sabría quién es la mujer que le está tocando...». «Simón, tengo una cosa que decirte», le interrumpió Jesús; y él, cortésmente: «Maestro, ¿qué se te ofrece?». «Una vez había un acreedor que tenía dos deudores; el uno le debía 500 denarios, y el otro, 50; no teniendo esperanza de cobrarlos, les condonó a entrambos la deuda. ¿Quién de ellos te parece que debe estarle más agradecido?». «Creo, repuso el fariseo, que aquel a quien se le perdonaran 500». «Rectamente has juzgado, repuso el Salvador, y volviéndose a la mujer que estaba a sus plantas, le añadió: ¿Ves esta mujer?, yo entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; ésta, en cambio, desde que entró no ha hecho otra cosa que lavar mis pies con sus lágrimas y enjugarlos con sus cabellos... No me diste el ósculo de paz; ésta, desde que entró no ha cesado de besar mis pies... No ungiste con óleo mi cabeza, pero ésta ha derramado sobre mis pies sus perfumes... Por lo cual yo te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Porque ama menos aquel a quien menos se le perdona». En seguida dirigióse a la mujer, y le dijo: «Perdonados te son tus pecados».

Los convidados empezaron también a criticar: «¿Quién es éste que perdona aun los pecados?». Mas El dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc. VII.)

Creemos que es evidente el hecho.

Cristo perdona los pecados y los perdona con potestad propia, y lo que es más, los perdona por el amor que se le tiene a El: «Se le perdonan muchos pecados porque ha amado mucho». ¿A quién? ¿Sería esto posible, si Cristo no fuera Dios?... Si perdonar los pecados no siendo Dios es una blasfemia, una intromisión en los derechos divinos, el perdonarlos por amor de otro que no sea Dios, es mayor blasfemia todavía. El pecado sólo puede perdonarlo la contrición, el acto de amor de Dios y jamás el amor a una criatura por elevada que sea.

La adoración.

Leemos con frecuencia en el Evangelio que muchos venían al Maestro, y prosternándose delante de El, le adoraban.

Así lo hizo el leproso que a las faldas del monte de las Bienaventuranzas le suplicaba humildemente que le sanase; así Jairo, el jefe de la sinagoga, que le pidió le devolviera la salud a su hija; esa fué la actitud del poseso de Gerasa que salió a saludarle y le dió el nombre de Hijo del Altísimo; esa la de los Apóstoles en varias ocasiones, la del ciego de nacimiento, la de las santas mujeres, después de la Resurrección...

Y ¿cuál fué la conducta del Salvador en presencia de estas adoraciones?

Es cierto que si no se tuviera por Dios, jamás las hubiera consentido. Así lo hizo el Apóstol San Pedro en el caso del centurión Cornelio: este honrado militar, en el entusiasmo que le causó la venida del Apóstol, se prosternó a sus pies para adorarle, pero Pedro le levantó de la tierra prontamente, exclamando: «Levántate, pues yo también soy hombre como tú». (Act., X.)

Es la misma escena de Licaonia, cuando las gentes testigos de la curación del cojo por Pablo y Bernabé les tomaron a estos Apóstoles por dioses descendidos a la tierra y se apresuraron a ofrecerles sacrificios: «¿Qué vais a hacer?, les dije-

ron: también nosotros somos hombres mortales». (Act. XIV.) Y a San Juan, en el Apocalipsis, le dijo el ángel al querer prosternarse ante él: «Guárdate de hacerlo: soy siervo de Dios como tú y tus hermanos; reserva la adoración para Dios sólo». (Apoc. XIX.)

En contraste con todo esto, Jesús jamás recusó el homenaje.

El permitió que le adoraran; recibió la adoración con naturalidad y sin espanto, sin mitigar el efecto con la menor salvedad, aun en los casos más salientes. ¿Por qué esto? ¿Por qué el humilde Jesús, tan celoso de los derechos de su Padre celestial, tan pronto y solícito en llevarle los honores de los hombres, los aceptó sin pensar que pudo hacer un sacrilegio, robar la gloria de otro que no le pertenecía?...

Una sola explicación puede encontrarse: la conciencia y convicción plena que tenía de no ser un mero hombre, sino Dios a quien se debía todo honor y toda gloria...

EL UNIGENITO DEL PADRE

Terminemos con la incomparable página de la visita a Jesús durante la noche por Nicodemus.

«Había un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, varón principal entre los judíos, el cual fué de noche a Jesús, y le dijo: «Maestro, nosotros conocemos que eres un enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que tú haces, a no tener a Dios consigo». Respondióle Jesús: «Pues en verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios».

Dícele Nicodemus: «¿Cómo puede nacer un hombre si ya es viejo? ¿Puede, acaso, volver otra vez al seno de su madre para renacer?».

«En verdad, en verdad te digo, respondió Jesús, que, quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no puede

entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es, mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu. Por tanto, no extrañes que te haya dicho: os es preciso nacer otra vez. Pues el espíritu sopla donde quiere, y tú oyes su sonido, mas no sabes de dónde sale o a dónde va: eso mismo sucede al que nace del espíritu.

Respondió Nicodemo y dijo: ¿Cómo puede ser eso?

Respondió Jesús y le dijo: «¿Tú eres Maestro en Israel y no entiendes estas cosas? En verdad, en verdad te digo, que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto: y vosotros no admitís nuestro testimonio.

»Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de cosas del cielo? Ello es así, que nadie subió al cielo sino aquel que descendió del cielo, esto es, el Hijo del hombre que está en el cielo.

»Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en El no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna. No envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. Quien crea en El no será condenado, pero quien no cree, ya tiene la condenación, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios. Este juicio consiste en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas...» (Jn. III.)

Basta este solo pasaje para convencerse sinceramente de que Jesús estaba persuadido de su divinidad. «El descendió del cielo», «está en el cielo»; es «el Hijo Unigénito de Dios, enviado por Este al mundo para que todo lo que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna». «El que no

cree en El ya está condenado, porque no cree en el nombre del Unigénito de Dios». «El es la luz que vino al mundo para iluminarle...».

No queda más que repetir lo ya apuntado. Se impone un dilema ineludible: o Cristo es un pobre iluso, un malvado, o es verdadero Dios. Tenerse por Dios con plena conciencia de lo que esto supone y no serlo, es propio sólo de un loco o de un sacrílego blasfemo: Caifás hubiera tenido razón al rasgarse las vestiduras.

XVIII

JESUCRISTO, DIOS (II)

SUMARIO: La fe de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva.- Arrio y el Concilio de Nicea.- La divinidad de Cristo en los tiempos modernos.- El Filosofismo y Racionalismo.- Renán.- Conclusión

Cristo es Dios y se tiene por Dios.

Tal fué el objeto del anterior capítulo: El gran dogma y razón de ser de nuestra fe.

El profeta y taumaturgo nazareno no se presentó sólo como un mero hombre: se presentó como Dios; Dios con nosotros, Dios hecho hombre, el Hombre-Dios.

¿Lo creyó así también la primitiva comunidad cristiana? Sí, ciertamente. La fe en la divinidad de Jesús fué profesada siempre e indubitavelmente por la Iglesia.

Veámoslo brevemente, comenzando por los mismos discípulos inmediatos del Salvador.

LOS APOSTOLES

Citemos solamente a tres, los más principales de ellos: San Pedro, San Pablo y San Juan. Su testimonio será manifiestamente el testimonio irrecusable de todos.

San Pedro.

Los Hechos de los Apóstoles nos han conservado sus predicaciones después y a raíz del día de Pentecostés. Todas ellas rebosan la exuberancia y el entusiasmo del testigo ocular de los magnos acontecimientos sobrenaturales que sirvieron



*«Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»
(Mt. XIV, 31)*

de escolta en su entrada triunfal en el mundo a la religión conquistadora.

Ya en su primer discurso llama valientemente a Cristo, «Señor», «Hijo de Dios», «Santo y Justo», «Varón aprobado por Dios» y «Profeta anunciado por Moisés y muerto por los judíos, pero resucitado y exaltado por Dios». (Act. II.) En el segundo va más adelante todavía, y apellida a Jesucristo: «Autor de la vida», «Juez de vivos y de muertos», «Dador del Espíritu Santo», «Fuente de la Gracia». (Act. III.) Y, finalmente, en su conversación con el piadoso centurión Cornelio, afirma de El que «está sentado a la diestra de Dios, y que todos los que en El creyeren, recibirán el perdón de sus pecados en su nombre». (Act. X.)

San Pablo.

El Apóstol de las Gentes es más categórico y elevado en sus expresiones. De sus labios y de su pluma brotaron las frases y conceptos más sublimes sobre la divinidad de Jesús.

Su misión, dice él mismo, expresamente, es la de predicar a Cristo crucificado y las grandezas de Dios, y la recibió por igual e inmediatamente de Dios Padre y de Jesucristo... Enseña que para obtener la salvación es necesario creer en El, guardar sus mandamientos y amarle con amor supremo: «Vosotros, dice, sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo», y añade aquellos sublimes arranques: «Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema»; «¿quién nos separará de la caridad de Cristo?». Lo mismo que al Padre, llama a Cristo, «Señor», «Señor de todos», «Señor de la Gloria», y le aplica textualmente las palabras que en el Antiguo Testamento se dicen exclusivamente de Dios: «Y todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo». (II Tesal. I.)

En la carta a los colosenses le presenta como creador y conservador del mundo y unido personalmente a Dios. (Capítulo V.) «En El, dice, fueron creadas todas las cosas en

el cielo y en la tierra...; todo fué hecho por El mismo y en El mismo... y en El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente».

En la II a los Filipenses, cap. II, le atribuye la esencia, naturaleza y majestad divinas: «El cual, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación, sino por esencia, ser igual a Dios».



CESÁREA DE FILIPO. — Antigua puerta de la ciudad por donde pasaría alguna vez el Hijo de Dios

En la de los Hebreos afirma: «El cual (Jesucristo), es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás». El es, «esplendor de la gloria del Padre y fiel retrato de su esencia», al mismo tiempo que «heredero de todas las cosas»; y le aplica las palabras del salmo: «Tu trono, ¡oh Dios!, por los siglos de los siglos».

Nada más demostrativo que copiar todo el capítulo I de esta carta incomparable, canto el más grandioso a la divinidad del Salvador. Dice así:

«Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en di-

ferentes ocasiones y de muchas maneras por los profetas, nos ha hablado últimamente en estos días, por medio de su Hijo a quien constituyó heredero universal de todas las cosas, por quien creó también los siglos. El cual, siendo como es el resplandor de su gloria y vivo retrato de su persona, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos. Hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto es más aventajado el nombre que recibió por herencia.

Porque ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy, y, asimismo: Yo seré Padre suyo y él será Hijo mío?

Y otra vez, al introducir a su primogénito en el mundo, dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios».

Asimismo, en orden a los ángeles, dice: «El que a sus ángeles los hace espíritus o ligeros como el viento y a sus ministros activos como la ardiente llama»; mientras que al Hijo le dice: «El trono tuyo, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos: cetro de rectitud el cetro de tu reino».

Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso, ¡oh Dios!, el Dios y Padre tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que a los otros.

Y en otro lugar se dice del Hijo: «Tú eres, ¡oh Señor!, el que al principio fundaste la tierra y obra de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás siempre el mismo, y todos envejecerán como el vestido y los mudarás como se muda un manto...; pero tú eres siempre el mismo y tus años nunca se acabarán».

En fin, ¿a qué ángel ha dicho jamás: «Siéntate a mi diestra, mientras tanto que pongo a tus enemigos por escabel de tus pies?».

¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados de Dios para ejercer su mi-

nisterio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?...».

San Juan.

Al discípulo amado se le llama con toda propiedad apóstol de la divinidad de Jesús.

Luchó por ella contra los ebionitas y cerintianos que la negaban. La afirmó repetidas veces en el Apocalipsis, especialmente al proponer al Cordero, símbolo de Jesús, recibiendo la adoración, la alabanza y la gloria de toda criatura juntamente con el Padre. «Vi también y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio y de los animales y de los ancianos, y su número era de millares de millares. Los cuales decían en alta voz: digno es el Cordero que ha sido sacrificado, de recibir el poder y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición.

Y a todas las criaturas que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra y las que hay en el mar. a cuantas hay, a todas las oí decir: al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, y honra, y gloria y potestad por los siglos de los siglos.

A lo que los cuatro animales respondieron: Amén, y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron a Aquel que vive por los siglos de los siglos», (Cap. V. 11-14).

Pero sobre todo expresó repetidas veces su fe en la divinidad de Cristo en las páginas de su Evangelio.

El refiere la entrevista de Nicodemus y escribe las palabras ya citadas del Maestro: «de tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito». El narra el terrible episodio del templo: «Y le buscaban los judíos para matarle. porque llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios». Finalmente, conocidísimo es de todos el prólogo de su Evangelio que le mereció el título de «Águila de Patmos»: «En

el principio era el Verbo—y el Verbo estaba en Dios—y el Verbo era Dios—. El estaba en el principio en Dios—por El fueron hechas todas las cosas—y sin El no se ha hecho cosa alguna—, de cuantas han sido hechas—; en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres—; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas y las tinieblas no la han recibido... El Verbo era la luz verdadera—, que alumbra a todo hombre—que viene a este mundo...—Y el Verbo se hizo carne—, y habitó en medio de nosotros—; y hemos visto su gloria—, gloria cual del Unigénito del Padre—, lleno de gracia y de verdad».

No hay para qué insistir más en la materia.

Los Apóstoles reconocieron a Cristo por Dios...

Recalquemos tan sólo el pensamiento ya apuntado en otro sitio: ¿Cómo pudo efectuarse o crearse en ellos semejante idea? Eran todos judíos y como tales, acérrimos monoteístas, habituados a adorar exclusivamente a Yahvé, único Dios, transcendente e inefable, cuya efigie no podía esculpirse y cuyo nombre quedaba impronunciado por reverencia...; Dios separado de los demás seres por un abismo insondable. Agregar a Yahvé, a su divinidad, omnipotencia e infinita sabiduría a un hombre cualquiera que éste hubiera sido, habría constituido el sacrilegio y abominación suprema. Siendo judíos se hubieran dejado despedazar antes que consentir en semejante pensamiento que les hubiera parecido una idolatría, aunque se tratara de Abraham, de Elías o de Moisés. ¿Cómo se explica, repetimos, tan súbita metamorfosis? ¿Cómo es posible que esos mismos hombres hayan podido asociar a Dios, como la cosa más natural, a Jesucristo, a adorarle y bendecirle como a Dios?... Esto, afirma un racionalista que es un milagro que no puede comprender...¹.

¹ Cfr. Couchoud, *Estudio sobre el misterio de Jesús*.

No puede comprenderlo el racionalista... Pero lo comprendemos nosotros. Era la gran revelación hecha al mundo por Dios en aquellos mismos días, que se había apoderado tan fuertemente de su inteligencia y de su corazón que había hecho cambiar hasta su propia psicología e ideas religiosas. Eran testigos oculares; habían visto con sus propios ojos a Dios hecho hombre; habían admirado sus obras y sus palabras de vida... Y no podían ni siquiera dudar. Comenzaba un nuevo mundo para ellos y aun una nueva religión: la religión del Dios-hombre, del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad...

LA IGLESIA PRIMITIVA

De los Apóstoles y discípulos inmediatos que la predicaron llegó la fe en la divinidad de Cristo hasta la entraña misma del Cristianismo.

El protomártir Esteban murió viéndole en los cielos abiertos y sentado a la diestra del Padre y exclamó: «Señor Jesús, recibe mi espíritu»... Todos los fieles tenían los libros del Nuevo Testamento como sagrados y los veneraban al par de los del Antiguo. En sus actos litúrgicos oraban y daban culto a Jesús como a Dios, según la frase misma de un gentil. Invocaban su nombre, se encomendaban a El y le pedían perdón de sus pecados... San Ignacio, mártir, quería ser molido en su cuerpo por las garras de los leones como el trigo para ser presentado a la mesa de Cristo y ansiaba morir para gozar de El en el cielo... Todos los mártires morían por El, «pro Christo», «pro Christo», sabiendo que El sabría recompensar a sus atletas.

ARRIO

Una inesperada conmoción.

Venía esta vez de donde menos se esperaba: del seno

mismo de la Iglesia y de un cierto clérigo, párroco de Bánkalis de Alejandría, llamado Arrio.

El insurgente era un hábil dialéctico, más bien que hombre de profunda ciencia. Su aspecto grave, de verdadero asceta, flaco, pálido y alto, pero, al mismo tiempo, vanidoso en sumo grado y dotado de todas las cualidades de un caudillo de secta...

Partidario de la filosofía neoplatónica, enseñaba que Dios no podía obrar por sí e inmediatamente sobre el mundo, porque entre lo infinito y lo finito no era posible una relación directa.

Admitía, en consecuencia, un ser intermedio entre ambos, algo así como el Logos de Platón o el Demiurgo de los gnósticos. Tal era el Verbo.

Cristo no fué, por tanto, verdadero Dios ni eterno: «hubo un tiempo en que no existía», según su frase: fué Dios tan sólo de nombre, pero, en realidad, «una criatura del Padre», la primera y principal de ellas...

No hay que decir el revuelo que tales atrevidas enseñanzas levantaron en la Iglesia. Se consideraban como una herejía atentatoria a la fe tradicional e injuriosa a Jesucristo, y se reunió un Sínodo en Alejandría el año 321 para excluir de la Iglesia al heresiarca.

Pero no se dió con eso por satisfecha la conciencia cristiana.

La proposición arriana había conmovido hondamente las conciencias y era necesario sancionarla con la máxima censura. Se determinó, pues, reunir un concilio ecuménico o universal de toda la Iglesia para condenarla solemne y definitivamente y éste fué el gran

CONCILIO DE NICEA

Era el año 325.

La religión cristiana, dice un autor¹ ya no era la secta

¹ Cfr. artículo en «*Sal Terrae*», junio 1943.

odiada a la que se persigue por todas partes: era la maestra de las conciencias, la dominadora y rectora de las inteligencias y, hasta cierto punto, la dueña del poder del Imperio. Con el emperador Constantino había subido del anfiteatro al trono y sido reconocida como la religión única del Estado...

Ahora se mostraba dispuesta a defender la dignidad y derechos de su Fundador Divino contra las audacias de un hereje.

Se nos han conservado las más interesantes noticias sobre el Concilio.

Asistieron a él 318 Obispos y Patriarcas e innumerables presbíteros y diáconos. De ellos son muchos los que hoy veneramos en los altares, atletas esforzados de la fe, cubiertos todavía de las cicatrices de la persecución y con la sangre aun reciente derramada en el martirio...

Allí se veía al gran obispo de Tebaida, que había entrado en la asamblea arrastrando una pierna, cuyos músculos se le cortaran trabajando en las minas forzosamente y paseaba sobre los restantes Padres conciliares la órbita vacía de un ojo reventado por la misma causa...

Allí, Pablo, obispo de Neocesarea de Eufrates, que levantaba para bendecir una mano mutilada por el fuego... Allí los solitarios; los anacoretas del desierto, cuyas imponentes austeridades constituían el relato favorito de las familias cristianas...

Allí, Jacob de Nísive, fácil de reconocer por su vestido de piel de cabra y de camello, que le hacía parecer la sombra de Juan Bautista: había vivido varios años en los desiertos de Mesopotamia y de Persia, alimentándose exclusivamente de hierbas y de frutos silvestres...

Allí Esperidión, obispo de Chipre... Allí el gran Atanasio, martillo de la herejía... Allí el gran Osio, obispo de Córdoba, legado pontificio y alma del concilio...

Todo, en fin, lo más grande y señalado de la Iglesia que

se reunía concorde y estimulada por el ardiente deseo de defender incólume y promulgar la fe recibida de los Padres y de los Apóstoles en la divinidad de Jesucristo.

El resultado del Concilio fué el que se esperaba: la definición solemne de lo que había sido desde el principio la fe inmovible del Cristianismo.

Arrio, y con él algunos partidarios suyos, se esforzaron en defender su causa en diferentes discusiones. Pero sus asertos se consideraron por la casi totalidad de los Padres como verdaderas blasfemias.

Se vino a fórmulas concretas.

Arrio había afirmado que el Hijo provenía de la nada: el Concilio definió que procedía del Padre.

Arrio había afirmado que sólo por abuso podía llamarse Dios a Jesucristo, pues no lo era sino por gracia, por la adopción del Padre: el Concilio le proclamó Hijo verdadero por naturaleza, de la sustancia misma del Padre, y aun pareciéndole expresión oscura, la substituyó por esta otra: «De la sustancia del Padrè», «Consustancial con el Padre», «Homo-husion»...

Arrio había propuesto que se llamara a Jesucristo: «Dios de Dios, Luz de Luz, Vida de Vida, Hijo Unico, Primogénito entre todas las criaturas, creado por el Padre antes de todos los tiempos». El Concilio rechazó lo último y afirmó que el Hijo no había sido creado, sino engendrado por el Padre; no era criatura del Padre, sino de su sustancia misma.

Arrio había negado la eternidad del Salvador: «Había habido un tiempo en que El no existía». El Concilio declaró que era eterno, engendrado antes de los siglos...

Quedaba con esto definido y aclarado el dogma cristiano por excelencia.

El autor y consumidor de nuestra fe aparecía ante los ojos de los fieles en todo su esplendor y gloria, como el Unigénito del Padre; Dios de Dios, Luz de Luz, pero también

Dios verdadero de Dios verdadero; eterno y preexistente: el Dios inaccesible que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación había bajado de los cielos y tomado carne de la Virgen María, por obra del Espíritu Santo; crucificado por nosotros, muerto y sepultado, pero resucitado también y subido a los cielos, en donde está sentado a la diestra de Dios Padre, rigiendo al mundo con su omnipotencia y sustentándolo con la palabra de su poder...

Aparecía de este modo digno de las adoraciones y entusiasmos de los fieles. Todo quedaba explicado.

Si Cristo no fuera Dios, no hubieran muerto por El los mártires, pues nadie puede dejarse matar por un mero hombre...

Cristo, Dios y hombre a la vez, arrebatava todas las inteligencias.

Era digno de que se dejara al padre y la madre y la hacienda por El, y aun renunciar hasta la misma vida por su causa: Cristo es Dios; es, por tanto, el modelo seguro, infalible, de la humanidad; el prototipo de toda humana criatura...

Cristo es Dios, luego es la eterna sabiduría, la verdad infalible, que no puede equivocarse ni engañarnos: la infinita justicia, la infinita bondad, la infinita misericordia, en quien podemos confiar plenamente y en cuyas manos podemos entregarnos con confianza...

Cristo es Dios; estamos seguros, por tanto, absolutamente ciertos, de su doctrina y esperanzas; no podemos equivocarnos; estamos en la posesión de la verdad, porque pasarán los cielos y la tierra, pero no pasarán sus palabras...

EN LOS TIEMPOS MODERNOS

La divinidad de Cristo quedó establecida definitivamente como dogma católico con la condenación de Arrio y los decretos de Nicea.

En adelante reinó el dogma sin contradicción ninguna, durante siglos.

Pasó el Imperio romano; le sucedió la invasión de los bárbaros; transcurrieron la Edad Media y los comienzos de la Moderna; se llegó hasta la insurrección protestante, que también lo respetó...

Pero vino el siglo XVIII, y se abrió de nuevo el período de las luchas.

Esta vez ya no eran herejías; especulaciones de metafísicos dentro del Cristianismo. La tempestad era más honda y sombría: venía de la incredulidad. Ni se trataba de una que otra cuestión sobre Jesucristo; era todo El, el Evangelio, la religión cristiana en toda su integridad la que se ponía en tela de juicio. Había surgido una generación hostil, enemiga taimada e irreconciliable de Dios, negadora y blasfema de todo lo sobrenatural, imbuida en los dogmas de una filosofía sin Dios y sin espíritu, que se atrevió a enfrentarse, descarada y pedantemente, con Cristo, el gran personaje sobrenatural de la Historia, respetado y venerado por el mundo durante dieciocho siglos, y quiso derrocarlo de su pedestal milenario.

El filosofismo.

Fué el primero en saltar a la arena.

Voltaire, su más genuino representante, se declaró ridículamente enemigo personal de Cristo, a quien llamó «el infame» y a quien «había que aplastar».

Con los recursos habituales del sarcasmo denigrante y la sofística sutileza, aquel hombre de inteligencia y saber mediocre, pero soberbio como Luzbel, pasó la vida desprestigiándole, para morir desesperado... Para él, Jesús no fué más que «un vanidoso impostor», y San Pablo «un insensato energúmeno»; los Evangelios. «leyendas» que tenían la misma importancia que los apócrifos...

El racionalismo.

Advino después del filosofismo, ya en el siglo xix.

Sus aberraciones rayan en lo increíble.

Para unos, el Hijo de Dios no es otra cosa que un vulgar ambicioso que, en connivencia con sus discípulos, llenó el mundo de las imposturas de su soberbia, para ser tenido por Mesías...

Según otros, fué uno de tantos personajes de la Historia que nada sobrenatural realizó en su vida si no fué en la exaltada fantasía e incompetencia de sus discípulos, hombres de buena fe, pero incapaces de la verdadera interpretación de sus farsas, que atribuyeron a milagros...

Otros le tienen por un agitador político que quiso producir un levantamiento popular contra los romanos y pagó con la muerte en cruz su rebeldía...

Algunos, lo que parece increíble, llegan hasta negarle la existencia real e histórica, convirtiéndole en un mito, en un héroe de leyenda inventado por la comunidad cristiana primitiva...

La escuela liberal.

Surgió hace unos lustros nada más y ya en el siglo xx.

Fué, en su origen, una reacción contra las brutalidades del racionalismo, pero, arbitraria también y blasfema, cayó en parecidos desafueros.

Para ella, el Divino Salvador fué un maestro y profeta extraordinario de Israel que enseñó una nueva doctrina moral fundada en el sentimiento de la paternidad divina. Fué, añaden, un gran carácter, más aún, el fundador de la religión universal en el mundo; un hombre excepcional, el más sublime de la Historia... Pero en eso se quedan. Le arrebatan lo que más le enaltece, la corona de la divinidad. Es un mero hombre y en nada excedió la talla humana...

Los partidarios de la escuela liberal han multiplicado sus hipótesis y dividiéndose en tendencias encontradas. Cada uno refuta al anterior y es anunciador de nuevas fantasías que caerán pulverizadas a su vez por las que vienen en su zaga. Es una verdadera puja de desatinos, de atrevimientos y blasfemias que recuerdan las «inteligencias entenebrecidas» de que nos habla San Pablo...

Ya es la llamada *escuela histórico-comparativa*, que considera al Cristianismo como la concreción de todas las tradiciones que sobre él influyeron, especialmente las helénicas y las orientales de Babilonia, de Persia, de la India, de Egipto y del Imperio romano... Uno de sus adeptos, Jensen, llegó a escribir una voluminosa obra para demostrar que la figura de Jesús, como la de Moisés y otros personajes del Antiguo Testamento, no es más que un simple episodio de la vasta epopeya mítica del Gilgameth babilónico...

Ya la *escatológica*, según la cual Jesús fué un predicador de tantos anunciadores de la inminencia del reino mesiánico en el mundo, y, en consecuencia, un auténtico exaltado, un iluminado que fracasó en su intento fanático, como fracasara Juan Bautista y varios otros que en los tiempos próximos a El le precedieron...

RENAN

Y llegamos al gran apóstata del pasado siglo.

Renán fué seminarista en sus primeros años, pero perdida la fe por su soberbia e ingénito orgullo, se convirtió en un ateo militante y uno de los hombres más funestos para la causa de Jesucristo.

En el año 1863 publicó su «Vida de Jesús», que alcanzó resonancia insospechada, no entre los verdaderos sabios, que ningún caso hicieron de ella — pues más que historia era una

verdadera novela —, sino en el gran público. Las ediciones se repitieron sin cesar, y fué traducida a innumerables lenguas. Este éxito lo conquistó no ciertamente por su mérito real, pues ya queda indicado fué muy escaso, sino por la superficialidad e ignorancia de las gentes y por su bello e interesante estilo...

Renán no perteneció a la escuela liberal, más bien la rechazó y escribió contra ella. «Admiten, dice él mismo, un Jesús histórico y real; pero su Jesús histórico no es un Mesías, ni un profeta, ni un judío. No se sabe lo que quiso. No se comprenden ni su vida ni su muerte. Su Jesús es un eón a su modo; un ser impalpable, intangible... La Historia no conoce seres de tal estirpe».

Razón tenía el autor de la «Vida de Jesús» para estas inectivas; pero no fué consecuente.

Cayó en las mismas arbitrariedades que ellos. Para él, Jesús no tuvo nunca «la idea sacrílega de ser Dios». Se dió, ciertamente, el título de Hijo del Altísimo, pero todos los hombres, añade, suelen llegar a ser tales en grados diversos. Y luego añade, refiriéndose a los Evangelios: «Que sean en parte legendarios, es evidente, ya que están llenos de milagros y de lo sobrenatural»...

¡El milagro! ¡Lo sobrenatural!

He aquí el gran escándalo de Renán, del racionalismo y de las escuelas liberales. Quitad eso y los Evangelios y Cristo, y el Cristianismo será viable y lo aceptarán todos... Sólo que habréis suprimido de cuajo a Cristo, los Evangelios y el Cristianismo...

Esta es, precisamente, la piedra de tropiezo de toda la incredulidad; si se tratara de un personaje meramente humano, de hechos ordinarios o, al menos, enmarcados dentro de lo natural y sensible, nada de particular hubiera sucedido. Los documentos históricos que se poseen, los Evangelios y

demás escritos del Nuevo Testamento, hubieran sido más que suficientes para aceptarlos de plano y sin reservas... Pero se trata del hombre más portentoso de la Historia; del personaje que ha introducido en el mundo la máxima corriente religiosa, la innovación más radical de la historia de la sobrenaturalidad humana; se trata del gran gigante del espíritu que se tuvo a sí mismo por Dios y a quien invocan como a tal centenares de millones de hombres; el gran taumaturgo que se aureola con los más grandes prodigios... Es natural, pues, que se levanten polémicas; que se excite la curiosidad, la rabia y aun el vértigo de todos aquellos que se declaran enemigos de lo sobrenatural y para quienes no hay más Dios que la materia y sus leyes rígidas e inquebrantables...

CONCLUSION

Refieren los sinópticos que estando un día el Divino Maestro en las cercanías de Cesárea de Filipo, dirigió a sus Apóstoles esta pregunta: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?».

Señor, contestaron ellos, unos dicen que sois Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los antiguos profetas...

¿Y vosotros, quién decís que soy yo?, prosiguió el Maestro.

San Pedro tomó entonces, ardoroso, la palabra y en nombre propio y de todos sus compañeros avanzó, resuelto, hacia El, y con el rostro encendido y estática la mirada, con voz firme y serena, añadió, señalándole con el dedo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo».

Han pasado veinte siglos y se repite la escena.

El mundo se pregunta el día de hoy, todavía, como en los tiempos del Evangelio, quién es Cristo; ese hombre que viene dominando el corazón y la inteligencia de la humani-

dad desde la distancia de dos milenios; ese hombre de quien está llena la Historia y la civilización...

Los pareceres se dividen también como en el día de ayer.

Los unos dicen que es un gran moralista; los otros le ponen la aureola de un insigne legislador; unos le apellidan nuevo Sócrates o Confucio; todos le dan el nombre de un gran carácter, de un sabio excepcional, de un genio sin segundo, el primero entre los hombres...

¿Y nosotros?

¿Qué decimos nosotros, los católicos?

Nosotros llenamos el papel de Pedro.

Estamos convencidos, porque le conocemos. Levantamos también, como el Apóstol, nuestra voz ardiente, clavamos en El la mirada y, con la mayor convicción y el más sincero entusiasmo, le decimos: Señor, los hombres ignorantes que no os conocen o miran vuestra figura excelsa con ojos ofuscados podrán decir de Vos lo que quieran... pero nosotros, que te conocemos, que estamos iluminados por la fe, nosotros que hemos leído y meditado vuestro Evangelio y descubierto en él lo que ocultáis a los soberbios y sabios terrenos para revelarlo a los humildes; nosotros decimos, y ponemos en esta aseveración el alma entera, que Vos sois, sí, un gran sabio, un sublime legislador, un excelso profeta y taumaturgo, un genio sin rival... Pero confesamos que eso es poco; que no es más que el escabel de vuestras plantas. Nosotros decimos que os eleváis mil codos por encima de todas las alabanzas que os pueden tributar labios humanos... No sois un Confucio, ni un Sócrates, sino lo que ellos no pudieron ni soñar. Vos sois el Hijo Unigénito del Padre; Vos, la verdad eterna venida al mundo, el creador del universo... Sois hombre y al mismo tiempo Dios.



*«Y apareció un ángel del cielo que le confortó»
(Lc. XXII, 43).*

LA SANTIDAD DE JESUS

SUMARIO: Santidad negativa: «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?». - Carencia de inclinación al mal en Cristo. - Santidad positiva: las virtudes del Salvador. - Su religiosidad; bondad; obediencia; pureza; superioridad y grandeza de alma. - «El santo de Dios»

Jesús, santo, es el tema del capítulo presente, que dividimos en dos partes:

1.^a La santidad negativa, esto es, la carencia absoluta de todo pecado e inclinación a él. 2.^a La santidad positiva o posesión de las más sublimes virtudes.

SANTIDAD NEGATIVA

El episodio nos lo cuenta San Juan en el capítulo VIII de su Evangelio.

Era el día del perdón de la mujer adúltera presentada a Jesús por los escribas y fariseos, y, con ocasión de ella, el día de las grandes revelaciones de su divinidad.

El Salvador, asediado por sus irreconciliables enemigos que le odiaban a muerte, sostuvo con ellos la discusión más violenta. Les llegó a lanzar al rostro, por su conducta reprochable, la terrible afirmación de su procedencia del diablo, mientras se llamó a sí mismo «luz del mundo» y expresó su preexistencia en el seno del Padre antes de Abraham y de la creación del Universo...

Luego irguióse en presencia de ellos y les echó en rostro, cual formidable reto, esta frase: «¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?...

¡Atrevida e inaudita expresión!

Jamás en la historia humana ha habido un hombre que pudiera hablar y haya hablado de esta forma. Todos tenemos conciencia de pecado. El Libro de la Sabiduría afirma sin reticencias que «el hombre, aun el justo, cae siete veces al día», esto es, innumerables veces; y San Juan atestigua que «quien diga que está exento de culpa se engaña y se seduce a sí mismo»...

Cristo tan sólo, el más sabio y prudente de los hombres, el más equilibrado y ecuánime, afirma de sí que no lo tiene...; que nadie puede encontrarlo en El...

Y los hechos concuerdan con las palabras.

Sus enemigos buscaron, afanosos, algo de que poder asirse para desautorizarle. ¡Qué bien les hubiera venido y cuánta utilidad hubieran sacado de cualquier desliz o caída humana del odiado Profeta! ¡Cómo hubieran agrandado cualquier defecto...!

No obstante, en nada pudieron sorprenderle.

Lo único que le echaron en cara fué el que sanaba enfermos y hacía milagros en sábado; que permitía a sus discípulos comer sin las abluciones rituales; que comía con los publicanos y pecadores; que perdonaba los pecados...

Lo mismo sucedió en su condena a muerte por el Sanhedrín: los falsos testimonios versaron exclusivamente sobre que «prohibía dar el tributo al César», que «había dicho que destruiría el templo para reedificarlo en tres días», que «se hacía Hijo de Dios».

Ni siquiera sus discípulos las encontraron.

Nadie es bueno, se ha dicho con profunda razón, para su ayuda de cámara. ¡Qué difícil es que no se trasluzcan las debilidades humanas en un trato y amistad continuos!

Sin embargo, en nada quedaron sorprendidos de la conducta del Maestro; por el contrario, su admiración hacia El fué creciendo más y más cada día. Pedro repite de El que es «un hombre santo y que no tuvo dolo en sus labios». Y después de la pesca milagrosa exclama, aterrado como en presencia de la divinidad: «Apártate, Señor, de mí, que soy un pobre pecador».

CARENCIA DE INCLINACION AL PECADO

Cristo careció de culpa...

Pero hay otra cosa en El más admirable todavía: no sintió ni siquiera el aguijón, el apetito desordenado hacia el mal.

Después de la catástrofe del Paraíso, quedó nuestra naturaleza quebrantada y caediza; entenebrecida en el entendimiento y debilitada en la voluntad. Sintió, sobre todo, encendido en sus entrañas el fuego inextinguible de la concupiscencia, el estímulo de la carne que la rebaja...

Una guerra cruel hay desencadenada desde entonces en el mísero mortal.

La experimentó en sí mismo hasta el gran Apóstol de las gentes y la dejó consignada en sus escritos: «Veo, dice, una ley distinta y contraria a la ley de la razón que impera en mi cuerpo; una fuerza que me humilla y que, contradiciendo al espíritu, me cautiva bajo la ley del pecado... ¡Infeliz de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?»...

Los demás hombres somos también testigos de esta lucha.

Se necesitan fuerzas heroicas, sobrehumanas, para caminar rectamente y sin declinar por el camino del bien. Y aun así, ¡cuántas veces no sucumbimos!...

De aquí el lamento universal, la queja ininterrumpida de la humanidad pecadora, que ha venido elevándose en todas

las partes del linaje humano y a través de todos los siglos de su historia; las quejas de la debilidad, de la inclinación al pecado, de la lucha que hay que sostener contra pasiones indómitas para no ser arrastrado por ellas al fondo de la degradación...

De aquí, también, el sentimiento de expiación tan íntimamente enraizado en el linaje humano; los sacrificios para aplacar al Altísimo; la penitencia, el pedir perdón a Dios por las culpas...

En todos los pueblos y épocas de la Historia, el hombre se ha acusado a sí mismo de pecador, y en todas se ha prosternado ante los altares vestido de cilicio y cubierto de ceniza, implorando la divina misericordia.

David se considera nacido en el pecado y engendrado en la iniquidad; los profetas lloran sus yerros y sus descuidos ante Dios, lo mismo que los Apóstoles...

El *Miserere* ha sido siempre el gran salmo penitencial humano y el más recitado de los salmos...

¿Quién podrá gloriarse de lo contrario?

Si alguien lo negara le tendríamos por insincero, por un loco o soberbio en el paroxismo de su orgullo, y si nos prohibieran los hechos creer semejante cosa, lo tendríamos, al menos, por un ser sobrehumano, de distinta naturaleza que la nuestra...

Pues ese es, precisamente, el caso de Jesucristo.

El constituye la excepción única del gran hecho universal.

Jamás ese hombre extraordinario, con ser el más piadoso de los humanos, se quejó de sí, como los restantes mortales, de su inclinación o proclividad al pecado; jamás habló de la lucha de sus pasiones; jamás dejó escapar de sus labios la

más mínima palabra que aludiera a la rebeldía del cuerpo, a la ley de los miembros, a que se refiere el Apóstol...

Y como complemento de todo, jamás se humedecieron sus ojos pidiendo perdón a Dios por sus culpas; jamás imploró misericordia; jamás se humilló llamándose pecador...

¡Caso, en verdad, notable!

El que tanto aborreció la soberbia y orgullo en los otros; el que en la gran parábola del fariseo y el publicano nos enseñó, de una manera tan gráfica como profunda, el modo de comportarse el hombre en la presencia de Dios; el que enseñó a acusarse delante de la santidad divina y pedirle perdón humildemente: «¡Señor!, tened piedad de mí, que soy un pecador»; el que nos enseñó en el Padrenuestro a pedir a Dios que nos perdone nuestras deudas... jamás fué visto en la postura del publicano; jamás pidió perdón de sus ofensas; jamás rezaron sus labios el salmo Miserere...

SANTIDAD POSITIVA

Imaginad, dice un orador, que se os presenta esta cuestión: ¿Cuál es la virtud dominante en Jesucristo? Todos los santos han tenido la suya: el Pobrecillo de Asís, la humildad; Santo Domingo y San Ignacio, San Antonio y Javier, el celo de la salvación de las almas; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, el endiosamiento en el amor; San Jerónimo, la penitencia; San Vicente y San Pedro Claver, la caridad...

También Cristo tendrá la suya.

¿Cuál es?

Veo difícil la respuesta, habrá de confesar el lector.

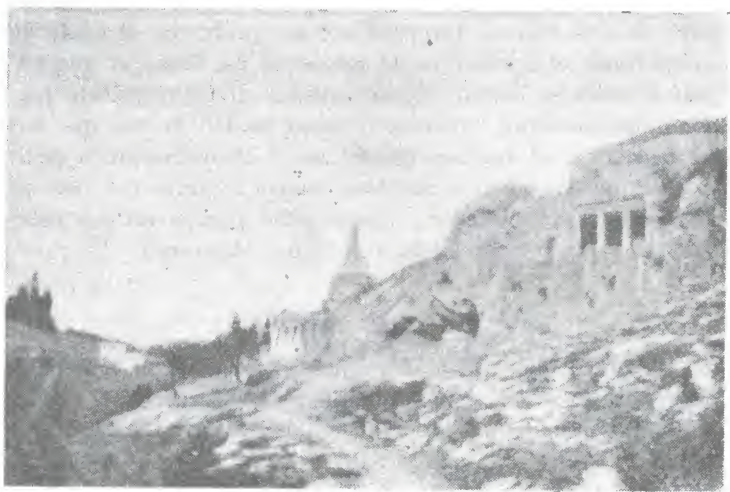
Y, en efecto, tendrá razón.

¹ Cfr. P. Alfonso Torres, *Conferencias en S. Ginés*.

Todas en El son eminentes.

Cristo fué *piadoso*, íntimamente, entrañablemente piadoso.

Antes de empezar su vida pública retiróse al desierto para tratar a solas con el Padre, y allá estuvo durante cuarenta días en el más austero retraimiento; antes de comenzar su Pasión hizo también lo mismo en Getsemaní, y durante la vida pública en nada le impidió el trabajo continuo



TORRENTE DE CEDRÓN. — El paisaje apenas debe haber variado desde los tiempos del Redentor

de atender a las turbas el acudir a la oración... Aconsejó a sus discípulos que oraran siempre y no desfallecieran; les enseñó el modo de orar, y con frecuencia le vieron, después del trabajo agobiador del día, retirarse a los montes y pasar noches enteras en oración. Siempre tuvo el nombre del Padre en los labios, y en el último instante de su vida, en el ara de la Cruz, dando una gran voz, le encomendó su espíritu...

La *bondad* y *ternura* de corazón fueron también en El excepcionales.

Jamás se han proferido conceptos tan tiernos como los expresados en las parábolas de la oveja perdida y el hijo pródigo, en que retrató al Padre y se retrató a sí mismo...

Toda su vida fué una incesante siembra de obras de caridad; no podía ver una miseria humana sin que se le enterrecieran las entrañas, y la mayoría inmensa de sus milagros a la compasión de su hermosa alma se debieron. Sentía misericordia entrañable por las turbas; lloró ante el sepulcro de un amigo y en presencia de Jerusalén, la ciudad deicida que le preparaba el patíbulo.

La obediencia.

San Pablo la consigna en pocas palabras.

«Fué obediente hasta la muerte y muerte de Cruz».

Por esta obediencia y sujeción no quiso aprovechar las ocasiones que le ofrecieron Pilatos y Herodes de libertarle, ni quiso descender de la Cruz como soezmente se lo pedían sus enemigos. En el huerto de Getsemaní osó Pedro defenderle e impedir que le apresaran, mas tuvo que oír la más tremenda repulsa: «Mete la espada en la vaina; el cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que lo beba?»

GRANDEZA DE CORAZON

Podemos mencionar también su amor a la *justicia*, su *pureza* inmaculada, en que no permitió siquiera que pudieran calumniarle; la *entereza* y *fortaleza* de espíritu con que permaneció en el cumplimiento del deber aun en presencia de las más acerbos persecuciones y hostilidades; su *pobreza* y desprendimiento absoluto de todo, hasta poder decir que las raposas tenían sus madrigueras y las aves sus nidos, mientras El no tenía en donde reclinar la cabeza... La *paciencia* inalterable con que sobrellevó las más atroces humillaciones...

Hay, sin embargo, una virtud de que hemos de hacer mención más detenida, porque de una manera particular se nos impone a nosotros, pobres humanos, con todo el poder de lo sublime y nos anonada: es la grandeza infinita de su Corazón; su inasequibilidad, digámoslo así, a los movimientos e impulsos de las reivindicaciones de su pundonor herido; en una palabra, la *superioridad* sobrehumana de su carácter.

Es, sin duda, lo que más admira en la santidad del Profeta nazareno y lo que más delata su calidad divina.

La pasión y la muerte son su espejo fidedigno.

Es el momento solemne de la última Cena.

Se encuentra rodeado de sus Apóstoles, confidentes y amigos; delante de sí tiene también al traidor, al que lleva ya meditado el crimen más bochornoso de la Historia. Jesús lo sabe y, sin embargo, ¡qué dignidad!, ¡qué dominio de sí! ¿Qué hubiera hecho otro cualquier hombre? Era un terrible lance de honor en que el corazón había de estallar...

No obstante, allí permaneció sereno. El lo sentía en el alma; en su pecho bullía la más justa indignación; le repugnaba la acción rastrera del traidor... pero ni siquiera le reprendió.

Se compadeció de él y se contentó con decirle, de modo que él solo supiera comprenderlo, para que cayera en la cuenta de que conocía su crimen: «Tú lo has dicho»; «tú eres el traidor»... «lo que has de hacer, hazlo pronto».

Terminada la cena, se dirige con sus Apóstoles al Huerto de los Olivos.

Está triste hasta la muerte.

Llegado al sitio de la oración, se postra en tierra, echado sobre su rostro, como dice expresamente el Evangelista. Sabe perfectamente todo lo que ha de venir sobre El en aquella noche trágica. Su imaginación le representa al vivo las es-

cenar más pavorosas...: dentro de una hora han de venir a prenderle con palos y hachas encendidas, como a un ladrón o facineroso a quien buscaran en su escondrijo... Le conducirán, maniatado y a empellones, descortésmente, a la casa de Anás y de Caifás, en donde recibirá un bofetón traicionero del vil criado adulón del Pontífice...



HUERTO DE GETSEMANÍ. — Alguno de los olivos actuales se cree que aun son retoños de los que presenciaron la agonía de Jesús

Después, a la mañana, al salir el sol, será juzgado y condenado a muerte por el gran consejo de Israel, el pueblo del Mesías, su propio ingrato pueblo... Luego la flagelación, el bárbaro suplicio que sólo se da a los malhechores y ladrones... La coronación de espinas y las befas como a rey de burlas...

Le parece sentir ya sobre sus espaldas desnudas los azotes que desharán sus carnes, y las punzantes espinas que ta-

ladrarán sus sienas, y los inmundos salivazos que ensuciarán su rostro...

Por fin, la cruz, la terrorífica, la pavorosa cruz, que se le presenta rígida y cruel sobre el sangriento Calvario como el cadalso que le prepara la justicia de los hombres...

Le parece sentir ya sobre sus hombros el peso agobiante del madero; oír el pregón por las calles públicas y, llegado al Calvario, el tormento inhumano, bárbaro, de la crucifixión... Se ve levantado en alto; suspendido entre el cielo y la tierra como un criminal y malhechor, hasta que, en esta posición violenta, colgado de cuatro heridas que se desgarran, y después de tres horas mortales, expirará abandonado de Dios y de los hombres...

La visión es en verdad pavorosa.

La angustia que de El se apodera, mortal; el terror no puede menos de invadir todo su cuerpo y estremecerlo; hasta llega al extremo, que nunca se hubiera sospechado de no expresarlo textualmente el Evangelista, de sudar sangre...

Pero, ¡soberana fortaleza la suya!

Ni un momento siquiera pierde la serenidad; no quiere huir, como pudiera hacerlo. Permanece enfrentado con la muerte que se avecina; su único desahogo es la oración: «Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»... y sigue firme, inquebrantable como una roca...

Ha pasado la hora fatal que podríamos llamar «de capilla».

Se acerca el enemigo. El se levanta sereno y visita a sus Apóstoles, que encuentra dormidos: «Levantaos», les dice; «no duerme el que me ha de entregar; vamos allá». Y fuerte, decidido, se encamina hacia ellos...

Judas mismo capitanea el piquete que viene a prenderle.

Ha tenido la villanía incalificable de acercársele en son de paz.

Le ha saludado, el hipócrita, con fingimiento que subleva, y atreviéndose hasta a aproximársele y darle un beso en la frente...

Aquel beso debió quemarle el rostro al nobilísimo Profeta. No obstante, allí persiste también inmovible, en su serena majestad...

Más aún: durante unos instantes estrecha contra su pecho al fermentido discípulo y su corazón late al unísono del suyo... ¡Nuevo lance de honor!...

¿Qué hubiera hecho otro hombre, volvemos a preguntar, en idénticas circunstancias? El honor se impone, decimos: «Del traidor, ni el saludo», dice el mundo, «cuyo solo aliento infesta...».

Cristo no obra así.

Muy al contrario, le devuelve el saludo y el ósculo, y se contenta con decirle, para que caiga en la cuenta de su crimen: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».

¡Desgraciado Apóstol!

La majestad imponente, la entereza divina del Maestro le ha anonadado y trastornádole su mirada... Judas advierte entonces el abismo de su crimen, pero ya es tarde; y lleno de furia, de vértigos infernales, se aleja del huerto y marcha al templo y arroja las 30 monedas que le queman, exclamando: «He pecado entregando la sangre del Justo...».

Otro rasgo inconfundible: su conducta con Herodes.

Herodes es el rey de Galilea; el hombre impúdico, taimado y cruel, que vive en su palacio de Maqueronte escandalizando al mundo con el público concubinato de la mujer de su hermano. Hace cosa de un año había dado muerte al gran Bautista, tan sólo porque le echaba en cara sus escándalos...

¿Qué hará Jesús? ; ¿la santidad y dignidad irreprochable de Jesús, ante el adúltero y sanguinario magnate?

Otro hubiera quizá procurado aprovecharse de la ocasión para librarse de la muerte. Nos dice el Evangelio que Herodes le recibió con gusto por la fama que había llegado a sus oídos de los grandes milagros del Profeta y en la esperanza de ver alguno... Jesús, repetimos, hubiera podido obtener de él lo que quisiera y, desde luego, la liberación inmediata de las manos enemigas...

Sin embargo, ¡extraño contraste!

Ni siquiera le presta atención ninguna.

Ni una mirada, ni una palabra.

Permanece impasible en su presencia, con los ojos clavados en el suelo, mudo como una estatua...

Herodes se siente herido en su amor propio y le desprecia ; mándale vestir como a un orate, al que es la sabiduría de Dios, y remítele de nuevo a Pilatos, agradeciéndole el obsequio...

EL SANTO DE DIOS

¡Qué cosa tan bella es la santidad!

Cuando aparece en la tierra vemos que se lleva tras sí los corazones de los hombres. ¿Quién no se siente atraído por la sublimidad moral de un San Pablo, de un San Agustín, de un San Francisco Javier, de una Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Sales?...

Las gentes salían de sus casas para ver pasar al «Poverello» de Asís... ; y al santo duque de Gandía le aclamaban por doquier cuando pasaba por España...

Bella, sublime es la santidad ; pero ¡qué difícil es también!

La figura de un santo, su estatua, aunque tosca, nos encanta y evoca en nosotros recuerdos emocionantes que nos

elevan y entusiasman...; pero pensemos también lo mucho que le costó subir a ese pedestal.

La santidad fué también un ideal para aquel hombre, una meta altísima a la que tendió durante su vida, por una senda estrecha, empinada y sembrada de punzadoras espinas...

¡Cuántos heroísmos! ¡Cuántas luchas pavorosas, aun contra sí mismo, contra sus pasiones y terrenos egoísmos!

«No sé lo que es el corazón de un malvado, dijo un filósofo; no conozco más que el de un hombre honrado, y ¡qué abismo de iniquidad no se oculta en él!» (De Maistre).

Es que nuestra naturaleza está inclinada al mal, como dijimos; al pecado, y sólo corrigiéndola, venciendo, martirizándola se logra arrancar de ella un acto de virtud, de abnegación y de sacrificio...

Muchos han derramado la sangre de sus cuerpos: los mártires; pero todos, sin excepción, han derramado a torrentes la sangre de su alma...

Una excepción única: la de Cristo.

Su santidad no fué así.

El nunca tuvo que luchar con pasiones desbordadas, ni fragilidades humanas, ni menos con rebeldías de carne...

Nada le costó la virtud ni aun la más heroica. En El no se vió esfuerzo; el ascender jadeante y sudoroso de los santos; por el contrario, poseyó la cumbre más elevada y cimera ya desde el primer instante, y caminó por ella como por senda connatural y trillada...

De su predicación decían las turbas admiradas que no era como la de los escribas y fariseos, sino que hablaba lleno de autoridad; «sicut potestatem habens»: sus palabras eran las palabras terminantes y decisivas de Dios...

De sus virtudes podemos decir lo mismo: no eran virtudes de hombre, ni aun de santo siquiera, adquiridas, finitas; eran virtudes inaccesibles, señeras: virtudes de Dios.

Cristo pudo decir de sí como Yavéh en el Antiguo Testamento: «Sed santos como yo, Señor y Dios vuestro, soy santo»: era la imagen sustancial del Altísimo, el espejo de sus divinas perfecciones. «Felipe: el que me ve a Mí, ve a mi Padre»: «Yo y el Padre somos una misma cosa»...

Ya lo había dicho el arcángel a María en la Encarnación: «Y lo que nacerá de ti, *santo*, será llamado Hijo de Dios»; y el mismo demonio del poseso de Cafarnaún: «¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos?». «Sé quien eres: EL SANTO DE DIOS».



*«Y habiendo inclinado la cabeza entregó el espíritu»
(J. XIX, 30).*

La muerte del «Hombre-Dios».

LA MUERTE DE JESUS

SUMARIO: El Calvario. - Prodigios sobrenaturales: el velo del Templo, el terremoto, el oscurecimiento del sol. - Grandeza moral de la muerte de Cristo. - Sus últimas palabras. - Dominio sobre la muerte. - El centurión romano. - Reflexión final

Los cristianos tenemos un monte más sagrado que aquellos de que nos hablan la poesía y mitología antiguas...

Podríamos llamarle con toda razón y usando de las palabras de David: «El monte del Señor»...

A él han ido los reyes y subido su cuesta, quitadas antes las coronas; a él han acudido los pueblos armados y a porfía para disputárselo palmo a palmo; a él, oleadas de peregrinos de todo el orbe...

El monte referido es el CALVARIO; el verdadero Atlante del cielo y de la tierra.

Un día apareció en su cumbre el Hijo de Dios humanado, el Dios-Hombre, crucificado por la redención del mundo. Su muerte pacificó a Dios y a los hombres, e hizo de esos dos reinos, antes tan distintos, uno solo, el reino de la justicia y del amor...

Tres notas son las que especialmente subliman la muerte de Jesucristo, y la hacen digna de Dios: Los prodigios sobrenaturales en ella realizados, su incomparable grandeza moral y el dominio absoluto ejercido sobre la misma.

PRODIGIOS SOBRENATURALES

«Y he aquí que el velo del Templo se rasgó de arriba abajo, y la tierra tembló y las piedras se hendieron, y abriéronse los sepulcros y muchos de los cuerpos de los santos que habían dormido, resucitaron»... (Mt. XXVII.)

El velo del Templo se rasgó...

El acceso a la parte más sagrada del santuario de Jerusalén estaba cerrado a los profanos por dos velos o tapices: el primero se hallaba situado delante del llamado «SANTO» y le separaba del vestíbulo; el segundo, entre el «SANTO» y el «SANTO DE LOS SANTOS». Ambos eran de grueso espesor, cosidos en parte con hilos de púrpura y oro y recubiertos casi por completo de bordados querubines.

El que se rasgase en dos partes supone, a todas luces, un gran prodigio y una providencia e intención especial de Dios. En efecto la ruptura del mencionado velo era un altísimo símbolo con el que Dios quería significar que en adelante, por la muerte redentora del Mesías, todos los hombres podrían llegar a El libremente sin las trabas de la Alianza antigua, en la que tan sólo al Sumo Sacerdote, y ello una vez al año, con ocasión de las fiestas de la Expiación, se le abría la entrada durante unos minutos.

En el Nuevo Testamento quedaba suprimido todo obstáculo.

Los hombres podrían acudir a Dios con la seguridad absoluta de que serían acogidos bondadosamente.

Por lo demás, el hecho prodigioso es relatado por documentos distintos independientes del Evangelio y aun entre sí.

Todos coinciden en que por aquellos días fué el Templo

teatro de una catástrofe singular que puso espanto a toda la nación judía.

En el evangelio apócrifo llamado de «Los Hebreos», se leía esta noticia que nos ha sido conservada por el mismo San Jerónimo: «El dintel sólido se partió en dos pedazos»... Josefo añade que una noche se abrió por sí sola la puerta oriental del Templo, lo cual fué considerado como un hecho amenazador.

El Talmud anota también este particular acontecimiento, cuya fecha coloca en unos 40 años antes de la destrucción del Templo, esto es, hacia la muerte del Redentor. ¿No serán estas tradiciones un recuerdo, aunque un tanto deformado, del prodigio evangélico? (Fillion.)

«Y la tierra tembló»...

A ejemplo del cielo mostró también la tierra el dolor que le causaba el horrendo deicidio, y toda ella fué presa de movimientos convulsivos... A consecuencia de ellos se rompieron las piedras y se abrieron los sepulcros excavados en la roca de las cercanías de la ciudad.

El evangelista añade que muchos de los muertos que dormían, esto es, que estaban muertos, resucitaron, y que saliéndolos de sus tumbas fueron a la ciudad santa y se aparecieron a muchas personas después de la resurrección.

«El oscurecimiento del sol»...

Es el tercer portento realizado antes de la muerte de Cristo y cerca del mediodía, esto es, a los comienzos mismos de la crucifixión.

Lo afirman los tres sinópticos unánimemente: San Lucas, dice: «Y se oscureció el sol»; San Marcos: «A la hora de sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona», y San Mateo: «Mas desde la hora de sexta hasta nona, quedó toda la tierra cubierta de tinieblas»...

Los materialistas e impíos han tomado este hecho por una fantasía legendaria tejida por los discípulos y Apóstoles, deseosos de dar importancia y dramatismo sobrenatural a la muerte de su héroe... Pero no tienen motivo para ello.

Las tinieblas producidas son objeto de la predicación evangélica ya desde el principio, y no es creíble que se hubieran expuesto los Apóstoles al ridículo en presencia de los que hubieran podido fácilmente descubrir su falsedad.

El fenómeno, además, llegó hasta Roma y Grecia.

Los anales de la capital del mundo y otros documentos históricos nos hablan de él. Lo mismo se vió en Atenas, en donde es fama que se dijo la sabida frase: «O el Creador padece o la máquina del Universo se hace pedazos».

Nada, por otra parte, más conforme con las circunstancias de aquel grandioso momento. Los prodigios realizados tuvieron por objeto atestiguar la inocencia de Jesús, lo mismo que su legación y divinidad; además de ser el testimonio ante el mundo del acontecimiento mayor de la Historia de los hombres...

El Salvador era jefe de la Humanidad y convenía que su muerte se anunciara a toda la creación, en el momento especialmente en que para rescatarla se sumía en un abismo de humillación y de dolor.

Una estrella luminosa había anunciado el nacimiento del Redentor; ahora son las tinieblas las que publican su muerte. Jesús era la luz del mundo; cosa natural, por tanto, que también ésta se obscureciera a su muerte.

Las tinieblas tenían, además, una más particular significación para los judíos. Muchas veces habían pedido a Jesús una señal del cielo para creer en El: ya tenían la señal deseada y bien manifiesta por cierto. Se les daba con particular providencia para que se arrepintiesen... Las tinieblas

significan en las Sagradas Letras, el acercamiento del juicio y de la cólera de Dios... (Fillion.)

Ningún resultado obtuvo, sin embargo, el misericordioso aviso divino como la historia del desgraciado pueblo lo manifiesta. Lo dijo poéticamente nuestro Fray Diego de Ojeda en su «Cristíada», comentando este mismo pasaje:

¡Oh Dios!, cuando tu luz no resplandece,
ni la luz sirve ni aprovecha el día
para que el hombre ciego no tropiece,
y ciego se despeñe en su porfía:
ni el quitarle la luz más luz le ofrece;
que quien bañado en luz, la luz no vía,
¿qué hará en las tinieblas sumergido?
—Dormir en noche oscura y torpe olvido...

GRANDEZA MORAL DE LA MUERTE DE CRISTO

Dijo Juan Jacobo Rousseau, que si la muerte de Sócrates fué la muerte de un filósofo, la de Cristo fué la muerte de Dios...

Pocas afirmaciones tan atinadas como ésta pudo hacer el filósofo de Ginebra.

Ha habido muertes sublimes en el transcurso de la Historia.

La de Abraham, Isaac y Jacob, en los tiempos bíblicos, se nos ofrecen con toda la grandeza y serenidad magnífica de la Naturaleza primitiva, elevada y transformada por la fe en Dios... Fueron la puesta natural y majestuosa del sol, tras un día espléndido y sereno.

La muerte de Sócrates fué grande también.

Nunca la humana filosofía había podido elevar tanto a los hombres. El desprecio de la vida y del dolor, la conformidad con el destino, la fortaleza de carácter y la integridad ante el deber y la ley, jamás había sublimado a tan alto grado a ningún gentil como al padre de la filosofía helénica...

Pero la muerte de Cristo es más grande; inmensamente superior a todas éstas.

Las muertes enumeradas son de hombres; la muerte del fundador del Cristianismo es inconfundiblemente la muerte de Dios. Dice el vulgar adagio que la muerte es reflejo de la vida. A una vida divina como la de Cristo, debía corresponder también una muerte divina...

En los últimos momentos de la existencia y ante la desnuda guadaña de la despiadada muerte, ¡qué pocos son los que saben mostrarse dignos de sí!

La pobre humana naturaleza no tiene fuerzas para tanto: el corazón desfallece, el sistema nervioso se deshace, la imaginación se siente agitada por los fantasmas más horrendos y todo el humano ser queda desquiciado y como fuera de sí. Por eso en aquellos angustiosos instantes son frecuentes los movimientos, las acciones, las palabras nerviosas, incontroladas, que serán naturales, todo lo explicables que se quiera, pero no precisamente santas y edificantes en sí.

Nada de eso pasó en Jesús.

El sintió como pocos los horrores del triste desenlace humano que se le venía azaroso, acompañado de dolores; se asustó ante él; tembló; hasta sudó sangre en su presencia en el huerto de los Olivos...; no obstante, llega el momento decisivo y nada desdice de su dignidad y santidad intachable: ni una palabra, ni un gesto, ni un sentimiento menos propio de Dios.

"PADRE: PERDONALOS..."

Recórdemos sus últimas palabras.

El Salvador está suspendido entre el cielo y la tierra, condenado, ajusticiado por su mismo pueblo, levantado en un afrentoso palo como criminal maldito de Dios y de los hombres...

Bajo la corona de punzantes espinas que la taladran por doquier como encendidas puntas de fuego, oculta su augusta y ensangrentada frente; la sangre corre hasta los ojos y los anubla, y bajando después, resbala por el santo cuerpo, y juntándose con la que brota de las manos y de los pies, cae en abundante reguero y salpica la Cruz chocando contra los peñascos, y a los que por cerca pasan...

El pecho, agitado de fatiga horrible, se eleva y se deprime anheloso, falto de respiración. Todo su cuerpo está descoyuntado, intensamente distendido, pendiente de unas llagas que se desgarran por el peso...

Pues en la parte moral no es menos fuerte el espectáculo.

Se halla en presencia de abigarrada muchedumbre que, curiosa, le contempla; entre ella están sus irreconciliables enemigos, los escribas y fariseos, príncipes y sacerdotes y ancianos del pueblo de Israel. Allí están llenos de bárbaro regocijo, envalentonados por su triunfo, orgullosos de la ruina de su mortal enemigo. Allí aparecen, burlándose de El y blasfemándole; mofándose de su doctrina y de sus milagros, de su pretendida dignidad de Mesías y de Profeta...: «Este es, exclaman, el profeta que ha aparecido entre nosotros», el que se tenía por mayor que Abraham y que Moisés, el que podía reedificar en tres días el Templo derruido; el embaucador que traía revuelto al pueblo con sus embelecos y malas artes...

Mirad lo que le valen sus mentiras...

«El que a otros ha salvado, a sí mismo no puede socorrerse».

Y encarándose con El, le dicen: «Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y desciende de la Cruz»...

Tremenda prueba para la virtud de un hombre.

El podía vengarse, podía descender de la Cruz, podía aniquilar a aquellos hombres perversos... ¿Qué hubiera hecho cualquier otro?

Sin duda que hubiera pedido viniera fuego del cielo y abrasara a los criminales sin misericordia. Burlarse de un hombre en otra ocasión, es siempre indigno, pero burlarse de su desgracia, maldecirle cuando está próximo a expirar en el último suplicio, esto no es propio de hombres, sino de fieras...

Sí, Señor, dice inexorable el corazón deseoso de justicia: perezcan sin piedad los que no la tienen para con vos. Caiga sobre ellos vuestra maldición y cúbralos como un vestido, porque no se han acordado de tener misericordia con el perseguido y humillado.

Pero cálese nuestra lengua pecadora, que tampoco nosotros sabemos lo que pedimos...

No es ése el espíritu de Cristo.

El Hijo de Dios no pedirá fuego del cielo...

Un abismo llama a otro abismo; el abismo de la maldad e ingratitud humana atrae hacia sí irresistiblemente al otro más grande e insondable todavía de la caridad divina... No pide fuego del cielo... Otros son sus pensamientos: otros los deseos de su generoso corazón. Mirémosle.

Está anegado en un mar de afrentas y de dolores; a sus oídos llegan sin cesar como rugidos del infierno, las voces descompuestas, las imprecaciones, las carcajadas de sus enemigos... Y EL, mientras tanto, olvidado de sí, de la ingratitud y malicia de los hombres, como universal mediador, eterno y Sumo Sacerdote que está en el punto culminante de su sacrificio, levanta su ensangrentada cabeza al cielo; esfuerza su pecho y exclama: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»...

Virtud inasequible de Dios.

«Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen»...

Los hombres han hecho como quien son; Cristo, había de hacer como quien es...

¡Padre mío!, a quien nada se oculta de cuanto se hace sobre la tierra... que estás contemplando con horror esta sangrienta escena de la maldad de los hombres y arrepentido de haberlos criado!... ¡Padre, a quien llega mi sangre derramada clamando más que la de Abel, pidiendo venganza...; llegue también mi voz, pidiendo misericordia!... «¡Perdónales, Padre!». Perdona a Herodes y a Pilatos; perdona a Anás y a Caifás, perdona a los escribas y fariseos, a mis verdugos y crucificadores...

"HOY ESTARAS CONMIGO EN EL PARAISO"

Jesús sigue en su horrenda crucifixión.

Los otros dos compañeros crucificados con El se desesperan y blasfeman, se retuercen, se deshacen en imprecaciones y descompuestos gritos... Jesús se distingue de ellos. Su conducta, hasta su postura misma es religiosa y divina...: Ni un acto de impaciencia, ni una palabra desordenada: sereno, impasible, con la majestad e impasibilidad de Dios...

Los presentes se dan cuenta de ello.

Al Buen Ladrón, especialmente, le ha llamado de una manera poderosa la atención: le ha mirado muchas veces en su actitud hierática, augusta, en su paciencia inalterable. No hay virtud en los hombres para tanto... Su mente se ha visto iluminada por la gracia que le ha mostrado la verdad y ha llegado a reconocerle como al Mesías prometido, como a Dios... Se ha dirigido, por fin, a El y héchole objeto de su oración: «Acuérdate de mí, cuando estuvieres en tu reino»...

Cristo ha escuchado su súplica y vuelto a él, al ladrón, sin juzgarle digno de desprecio ni de odio, le ha dado la recompensa suprema; la posesión del reino de los cielos: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»...

Afortunado ladrón dice un Santo Padre: pasó toda su vida robando y la terminó también con un robo; con el robo del reino de los cielos...

"MUJER: HE AHÍ A TU HIJO"

Sobre la montaña santa del Calvario, entre la inmensa muchedumbre de espectadores abiertamente hostiles o indiferentes para con el Salvador, había también quienes se compadecieran de El, lloraran sus tormentos y su muerte...

Allí, formando un pequeño grupo, estaban los amigos del gran Profeta, uno de sus discípulos, las santas mujeres...; pero, sobre todo, su Madre..., anegada en un mar de lágrimas, anudada la voz a la garganta, con el corazón deshecho.

Su vista ansiosa se dirigía instintivamente hacia lo alto, y al ver el cuerpo de su Hijo bárbaramente destrozado, miraba a su alrededor como pidiendo auxilio para poder socorrerle, pero en ninguna parte lo hallaba, y, semejante a una inconsolable madre que ve perecer el fruto de sus entrañas en las revueltas olas del mar o en las llamas de un pavoroso incendio sin poderle tender las manos y salvarle, se estremeaba y resolvía en lágrimas y muriera si un poder invisible no la sustentara...

Jesús era el mejor de los hijos, y aunque en tan grave situación, se acordó de su Madre.

La miró con ojos de ternura y la dijo, señalándole con la vista a Juan: «Mujer: he ahí a tu hijo»; luego añadió al discípulo: «He ahí a tu Madre».

Era la rúbrica del testamento.

Como si dijera: Yo, Madre mía, siento ya gravitar sobre mí el peso de la muerte: es hora de partir de este mundo al Padre; pero no quedaréis sola y desamparada: ahí tenéis al que ha de hacer mis veces sobre la tierra, al hijo a quien os dejo en sustitución mía y será vuestro sostén y amparo...

"DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?"

Tocaba ya su fin la tragedia del Calvario.

Iba a sonar la hora destinada en los consejos eternos para la muerte del Redentor...

El sol se había eclipsado ya.

Las tinieblas, esparcidas por el mundo, daban un tinte de misterio y de duelo general a la Naturaleza. El Gólgota aparecía triste y sombrío, resurgiendo de entre las sombras y a la vista de la ciudad deicida como un gigantesco cadalso que sostenía en sí al sublime Ajusticiado por la justicia de los hombres...

En estas circunstancias, dicen los Evangelistas que exclamó Jesús con una gran voz, y dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»...

Era un grito de amargura, de dolor sin límites.

El grito supremo de la suprema angustia: el grito del naufrago que se ve desamparado, abandonado de todo auxilio y próximo a perecer...

Queja amarga, pero queja resignada, queja filial y respetuosa...

"SED TENGO"

La quinta vez que habló Jesús desde la Cruz fué quejándose de la sed.

Extraño podrá parecer, a primera vista, que el paciente Profeta que había estado mudo y sin palabra, como un cordero, ante las atroces injurias y tormentos en todo el desarrollo de la pasión, ahora, próximo a consumir con la oblación de su vida la regeneración de la humanidad, se queje de la sed. No obstante, lejos de maravillarnos tal conducta, debe producir en nosotros mayor ternura y amor... En esta queja nos da a entender el Divino Ajusticiado un nuevo sufrimiento que fácilmente hubiera podido pasar inadvertido y que fué, sin embargo, uno de los más feroces de la pasión: el tormento de la sed.

Los grandes sufrimientos humanos, al modo de los gran-

des cansancios y fatigas corporales, provocan siempre la sed y dejan en el hombre un estado de agotamiento en que aun la lengua queda reseca y como pegada al paladar. Sobre todo en los ajusticiados es especialmente horrible este sufrimiento y capaz de causar la muerte por sí mismo, como ha llegado alguna vez a suceder.

En Jesús apareció también esta necesidad fisiológica humana ineludible...

Hasta ese punto quiso semejarse el Hijo de Dios a los hijos de los hombres...

En El concurrían, además, causas particulares.

Desde la noche de la última cena nada había refrescado sus labios; la sangre había corrido abundantemente de sus llagas y le habían agotado. Quedaba exhausta la fuente de la vida... Una fiebre abrasadora roía y quemaba su interior, y su cuerpo ardía todo como un volcán...

El Evangelio añade que Cristo dijo estas palabras para que se cumplieran las Escrituras. Era, por tanto, un acto de obediencia, de amor y sujeción a la voluntad del Padre. «Se hizo obediente hasta la muerte, dice el Apóstol, y muerte de Cruz».

"TODO ESTA CONSUMADO"

Las palabras anteriores, en especial las dos últimas, son tristes y angustiosas...; la de ahora tiene toda la grandeza y sublimidad de un sonoro himno de victoria; es el inmortal epinicio, el canto enardecido de triunfo que entona el Hijo de Dios desde el árbol santo de la Cruz...

¡Todo está consumado!... Como si dijera:

Los tormentos y los suplicios se han agotado ya; la voluntad del Padre, las profecías y las figuras se han realizado...

El pecado ha sido expiado y satisfecha la justicia de